

NEUROPSICOLOGIA DEL CHAMANISMO. UNA HIPOTESIS DEL TRABAJO*

Por FERNANDO CABIESES M.

RESUMEN

No existen conocimientos claros de anatomía y fisiología del sistema nervioso central que permitan plantear un substrato físico de los procesos de la conciencia, de la actividad mental subconsciente, de los mecanismos de aprendizaje, memorización y rememoración, y de los diversos hechos fenomenológicos en la inspiración artística, la predicción de resultados futuros y los procesos lógicos de la deducción y conclusiones para la interpretación de los elementos de juicio concientes e inconcientes. El conocimiento fenomenológico de una barrera entre la actividad mental conciente y los engramas memorísticos del área mental inconciente, podrían ser explicados sobre la posibilidad de que ambos grupos de fenómenos estén separados por diferencias en sus sistemas de intermediación química que el autor denomina "lenguajes químicos" de las diversas poblaciones neuronales. La libre comunicación entre ambos sistemas podría establecerse por procesos fisiológicos, patológicos o farmacológicos. En el estudio de los "estados alterados de la conciencia" que son la base de algunos ritos chamánicos, el autor recalca que los principios activos de muchas de las plantas "mágicas" utilizadas en diversas culturas tienen como característica común su similitud química con los intercambios químicos del sistema nervioso central y plantea sobre esa base una hipótesis de trabajo que permita explicar la función del trance en la actividad chamánica.

SUMMARY

We do not have clear anatomical and physiological information on the central nervous system which would allow us to postulate a physical substrate of the phenomenology of consciousness, of the unconscious mental activity, of the neurological mechanism of learning, memory and remembrance as well as of the phenomenology of artistic inspira-

* Conferencia leída en el XIII Congreso de Neurología, Lima, 1º al 4 de octubre de 1991.

tion, the postulation of future events and the logical processing of deductions and conclusions from conscious and unconscious data. The phenomenological knowledge of a barrier, separating conscious and unconscious mental activities, could be explained postulating that these two groups of phenomena are carried out by specific neuronal circuits which are disconnected by differences in their systems of chemical transmitters which the author labels as "chemical languages", characteristic of different neuronal populations. Free communication between separate systems could be established through physiological, pathological or pharmacological processes. In the study of "altered states of consciousness", which are the essence of some shamanic rites, the author notes that the active principles of many of the "magic" plants used in the different cultures have the common characteristic of their chemical similarity to the chemical transmitters of the central nervous system. On this basis, he postulates a theory on the neuropsychological role of trance in shamanic activities.

PALABRAS - CLAVE: Psicodislépticos, alucinógenos, shamanismo, curanderismo.

KEY WORDS: Psychodisleptics, hallucinogenes, "shamanisme", curanderisme.

Ante un auditorio de neurólogos, no voy a tratar de definir lo que es la conciencia. No porque sea una función de fácil y trillada descripción reconocida ya por todos. Por el contrario. Si hablamos de conciencia ante un público común y corriente, ante el hombre de la calle, todo el mundo sabrá de qué estamos hablando. Pero entre neurólogos no es así. Entre neurólogos nadie sabe ni comprende ni está de acuerdo sobre lo que significa *conciencia*. Conciencia, así en forma abstracta, sin calificativos ni condicionadamente. Cada uno tiene una interpretación académica diferente y cada uno entiende lo que el otro descarta como una definición incompleta o aberrante. Como muchas cosas en la neurología, el que cree que sabe, generalmente no sabe que no sabe.

Los psicólogos, en cambio, sí saben. Saben, porque se ocupan únicamente de los resultados finales. De los aspectos fenomenológicos. Hábilmente, quizás astutamente, no se han metido a averiguar en qué forma se organiza algún conjunto indefinido de neuronas para producir eso

que ellos y el hombre de la calle llaman conciencia. Qué circuitos, qué centros, qué complejo gigantesco de sinapsis, potenciales eléctricos y reacciones químicas dan por resultado eso que llamamos conciencia. Y la llamamos así, sin atrevernos a mirar detrás para saber siquiera de dónde viene. Y sabemos y reconocemos que, más atrás aún, hay una monstruosa constelación de actividades neurológicas y de importantísimas funciones mentales de las cuales tampoco quisiéramos empezar siquiera a averiguar qué mecanismos neurofisiológicos las sustentan, ni la infraestructura anatómica que las hace posibles ni el sustrato químico que las alimenta.

Y les ruego no tomar estas pesimistas frases como una generalización que ofenda a alguno, porque el sólo hecho de haber acuñado el vocablo "neuropsicología" ya significa un importantísimo paso en la búsqueda de respuestas. Un paso que para muchos es acercarse a la verdad, pero que en realidad nos acerca solamente a la entrada de un larguísimo y oscuro túnel cuya luz final no será vista por alguno de

los que estamos aquí. Por el momento, basta con saber que estamos en plena obscuridad. Sigamos caminando.

Hace cuarenta años tuve el alto honor de sostener una discusión pública con el Maestro Trelles sobre la localización neurológica de la conciencia, solamente para terminar concluyendo que no sabíamos nada y que, si bien los circuitos neurológicos responsables del binomio "alerta-inconciente" o "vigilia-coma" estaban primordialmente localizados en el tronco encefálico, esa otra *conciencia*, la que unifica, integra, dirige, organiza y supervisa nuestras vivencias mentales, tenía una infraestructura neurológica totalmente desconocida e incomprensible.

El conocimiento de esa infraestructura y su neurofisiología es en realidad el meollo de lo que conocemos ahora como neuropsicología y, en vista de que nuestra ignorancia continúa atormentándonos, todo lo que ahora pueda yo decir es totalmente hipotético al tratar de explicar los fenómenos neuropsicológicos del chamanismo.

Dejemos por un momento la conciencia, y demos una mirada a otra función neurológica: la memoria. La vida toda es memoria. La vida no podría existir en el planeta si no existiera, en cada ser vivo, mecanismo de defensa y de adaptación al medio ambiente. Y estos mecanismos, para ser adecuados, tienen que ser transmitidos a los seres descendientes mediante algún sistema, ese sistema se llama memoria.

La vida es memoria. No puede mantenerse la vida si no se mantiene la memoria y por eso todos los científicos empeñados en desentrañar los mecanismos intrínsecos de la vida están primero investigando cuáles son los mecanismos intrínsecos de la memoria. En el conoci-

miento de cómo funciona el ácido ribonucleico está el misterio de cómo funciona la vida y la memoria.

El ser humano nace, como los demás organismos multicelulares, con memoria suficiente en sus células para poder vivir y desarrollarse. Además de eso, trae en sus genes muchos conocimientos acumulados por la especie durante un millón de años de existencia. Son conocimientos que, en forma de arquetipos, influyen en alguna manera su comportamiento individual y social. Conocimientos registrados en forma indeleble en la célula primigenia que es el óvulo fecundado y contribuyen a nuestro comportamiento en circunstancias y situaciones que se encuentran más allá del área conciente de nuestra mente. Más allá de la conciencia está el instinto. Más allá de la conciencia está el aprender a respirar, a deglutir, a desplazarnos, a reproducirnos. Más allá de la conciencia están también muchos programas que nos inducen a reaccionar en forma pre-determinada ante estímulos específicos. Nos enseñan a huir de determinados símbolos de peligro. Nos enseñan a que nos guste determinado símbolo de gratificación futura. Y todo esto está más allá de lo que llamamos vida conciente. Está en los circuitos neuronales de nuestra vida vegetativa, en las áreas de nuestro cerebro que comandan mucho de nuestro comportamiento automático y orientan una serie de pautas conductuales que los antropólogos estudian ahora para entender al hombre.

La memoria, en todos sus niveles y estadios, es el bagaje total de vivencias concientes y subconcientes que dirigen e influyen nuestro comportamiento individual y social. Querer encontrar la explicación de nuestra propia conducta solamente en lo que está al alcance inmediato

de nuestra memoria conciente es, por eso, una actitud ingenua e improductiva. Mucho, mucho de la conducta humana tiene sus raíces en el subconciente individual y colectivo. Si no estudiamos estos misteriosos ámbitos de la memoria, estamos ciegos.

El ser humano tiene el cerebro más complejo de todas las especies de este planeta. Tiene, por consiguiente, al archivo de memorias más portentoso y rico que abarca desde la memoria celular hasta la memoria individual. Pero la conciencia está, naturalmente, protegida de ese gigantesco acúmulo de información. Si toda esa monstruosa cantidad de memorias estuviese simultáneamente a la luz de nuestra conciencia, la individualidad de nuestro pensamiento quedaría automáticamente destruída por la inundación caótica, desordenada y multitudinaria de todas nuestras vivencias pasadas. Es por lo tanto indispensable que exista una barrera, una frontera, que actúe como filtro entre todo lo que está registrado en nuestro archivo, llamémoslo así, y el ámbito de lo que llamamos nuestra conciencia.

Aquí ya nos entendemos con los psicólogos: desde FREUD (y desde mucho antes, por supuesto), sabemos que hay una actividad mental conciente y una actividad mental inconciente o subconciente. Lo que no sabemos, repito, es dónde está el abstracto anatómico de estas funciones y cómo y dónde funciona la infraestructura neurofisiológica de ambas.

Sabemos, por los que estudian la fenomenología de la conciencia y de la memoria, que en esa compleja red de circuitos neuronales donde se archivan los elementos de la memoria, se alojan infinidad de recuerdos que no están en nuestra conciencia, que están separados por una barrera cuyo mecanismo fisiológico y

anatómico no conocemos. Pero que pueden ser traídos al campo conciente mediante una serie de actos mentales cuya fenomenología también se conoce pero cuya neurofisiología es ignorada. Esa barrera puede ser franqueada mediante un acto que se llama "rememorar" o "recordar", y es una función que tiene diversos grados de dificultad o de facilitación.

Rememoramos fácilmente el rostro de nuestra madre, pero podemos tener dificultad en traer a la conciencia las facciones de alguien a quien conocimos hace dos días. Es más, podemos pensar que ese nuevo rostro lo hemos olvidado; que ya no está allí (¿dónde? allí en lo que los psicólogos llaman memoria pero los neurólogos no saben dónde es)... Podemos pensar, digo, que hemos olvidado ese rostro; que su huella se ha borrado. Pero si acaso lo encontramos nuevamente en la calle lo reconocemos. Y el reconocerlo significa que estaba registrado ya en algún circuito neuronal.

Podemos hacer lo indecible para rememorar la simple tonadilla que tanto nos gustó la otra noche en aquella reunión musical. ¡No! ¡ya no está allí! ¡se borró! Por más esfuerzo que hagamos, no retorna... Pero de pronto nos sorprende su presencia mientras nos afeitamos en la mañana. Estaba allí, en algún circuito neuronal. Pero estaba bloqueada y no la podíamos rememorar.

Tales bloqueos, de los cuales podríamos citar innumerables ejemplos, son la expresión de esa barrera existente entre la conciencia y el archivo de memorias, y se han escrito ya muchos tratados sobre la fenomenología de esta función mental que nos permite rememorar y que nos conduce a la utilización práctica de lo registrado en los infinitos circuitos neuronales de nuestro cerebro. Cómo fijar algo en la memo-

ria y cómo proceder a recordarlo, es la base de todo proceso de aprendizaje, es verdad. Pero también es la base de todo el proceso de selección de lo que no debe y lo que sí debe regresar a la conciencia. Un proceso de selección que impide, por un lado, la invasión desordenada de memorias innecesarias en el proceso unificador de la actividad mental de ese momento y que nos protege, por otro lado, de memorias indeseadas que trastornen y dañen el tono en que discurre nuestro pensamiento. Esa barrera entre la actividad "conciente" y el archivo de memorias que llamamos "inconciente", fue el profundo y oscuro abismo en que se introdujeron FREUD y todos sus seguidores. Y fueron ellos los que nos han mostrado también que el archivo no es solamente un acúmulo pasivo e inerte de las vivencias del pasado. El archivo de memorias es un ámbito en actividad continua donde los engramas memorísticos están en permanente interrelación y comunicación recíproca y útil a espaldas de lo que llaman conciencia.

Podemos abandonar los esfuerzos de resolver mentalmente determinado problema que viene atormentándonos en nuestra vida conciente. Lo abandonamos ya, derrotados por la fatiga o por el tedio, para no ocuparnos más del asunto. ¡Y a pensar en otra cosa!. Pero horas o días más tarde, a veces en la obscuridad de la noche, la respuesta sabia y clara irrumpe sorpresivamente en nuestra conciencia. Muchos grandes problemas matemáticos y científicos han sido resueltos así, inconcientemente, por geniales hombres que así pasaron a la historia. Y miles son las anécdotas que nos vienen a la mente sobre esta utilísima actividad inconciente de todos los que ahora estamos aquí, genios o no genios. Es indispensable por eso aceptar la existencia de una actividad inteligente más allá de la conciencia.

Mucho se ha escrito sobre este asunto. Mucho se ha investigado, desde el punto de vista fenomenológico, el comportamiento de esa barrera que separa lo conciente de lo inconciente. Libros enteros, cientos de volúmenes, miles de artículos sobre la forma cómo la actividad mental inconciente influencia y modifica la actividad conciente y cómo la actividad conciente encuentra sus motivaciones y se orienta en las raíces profundas de esas activas memorias que constituyen la vida mental inconciente.

La inspiración artística, por ejemplo, es un producto conciente de un activo proceso inconciente. Hemos visto la torturante espera del músico o del poeta que infructuosamente pasa las horas y los días hasta que su actividad conciente es de pronto iluminada con la frase o la armonía que da substancia a su nueva creación. Y nos hemos recriminado cien veces porque no se nos ocurrió, antes de este momento, la brillante idea que de pronto aparece en nuestra conciencia.

Todo esto nos hace aceptar la existencia de una constante actividad inteligente y útil en ese ámbito oculto que, más allá de nuestra conciencia, alimenta internamente nuestra vida intelectual. Y si aceptamos la existencia de esa actividad neuropsicológica (y no sé cómo la podríamos negar), es necesario ver cuál es el camino para atravesar aquella barrera, y ampliar así el ámbito de nuestra propia conciencia. En este sentido, la llamada "ampliación de la conciencia" no es como muchos pudieron pensar, una mayor penetración de nuestra actividad conciente hacia mundos externos normalmente vedados a nuestro intelecto limitado, sin una mayor penetración hacia el ámbito del inconciente donde existen riquezas insospechadas y posibilidades intelectuales in-

finitas. El hecho no es explorar el mundo extraño, inalcanzable e insondable, que existe o no existe más allá de nuestros sentidos. Se trata, en cambio, de mirar adentro; de cruzar la barrera que separa nuestro mundo conciente de los abismos oscuros y misteriosos de ese ámbito inconciente donde una intensa actividad inteligente se alimenta de raíces llenas de vida. Esa ampliación de la conciencia que se obtiene al transponer la barrera que la limita internamente, se produce mediante lo que se denomina "estados alterados de conciencia".

El principal obstáculo que encontramos para reconciliarnos con esta idea es el problema del espacio. No sé si el vocablo "espacialidad" será aceptado por la Academia, pero describe adecuadamente el dilema que ocasiona la diferencia de puntos de vista en este proceso psicológico. ¿En dónde se halla eso que vemos y que sentimos al atravesar la barrera? ¿En qué espacio? Las voces que escucha el alucinado... los objetos y las personas que en este momento forman parte de su mundo ¿lo rodean acaso? ¿o están en sus propios circuitos neuronales? ¿están allá o están acá? ¿son seres reales, espirituales o materiales, que se perciben con los órganos de los sentidos? ¿o son percepciones generadas internamente por los complejos neurológicos que han experimentado un cambio espontáneo o provocado?

En la base de estas crueles preguntas está el origen del pensamiento mágico-religioso y dejaremos por ahora el intento de responderlas y discutir las para seguir adelante con la hipótesis neuropsicológica que aquí planteamos. La barrera que tratamos de atravesar en la "ampliación de la conciencia", puede ser fraqueada mediante muy diversos procedimientos. Los "estados alterados de la conciencia" son el

resultado de muy variadas circunstancias; fortuitas, patológicas o provocadas. La irrupción del subconciente en el ámbito de la conciencia puede producirse, lo sabemos bien, en los estados febriles o tóxicos de algún proceso patológico. Delira así el paciente fuertemente afiebrado o el paciente urémico o deshidratado. Delira porque su intelecto oculto sale a la superficie de su conciencia.

La ruptura de la barrera se produce también, fisiológicamente, con el ensueño. La interpretación de los sueños, tan antigua como el hombre, ha sido racionalizada recién en este siglo por todas las escuelas psicológicas. Los sueños son una clara afloración del inconciente hacia la esfera del intelecto conciente, algunas veces con un realismo e intensidad inusitadas.

La violación flagrante de la frontera entre el inconciente y la conciencia se produce también en forma catastrófica en la esquizofrenia y en los llamados "estados crepusculares" de los procesos convulsivos. Por algo es, como sabemos, que muchos de los practicantes del chamanismo presentan rasgos de estas enfermedades. Por algo es que la epilepsia ha sido llamada la "enfermedad sagrada" y que los esquizofrénicos han sido considerados como poseídos por espíritus malignos y eran sometidos a maniobras de exorcismo.

Pero fuera de todos estos procesos patológicos, la ampliación de la conciencia puede ser el resultado de procedimientos específicos que llevan al estado especial que se denomina "trance". El "trance" es un estado intermedio entre la conciencia y el amplísimo mundo ignoto de la inconciencia. Es una "ampliación" de la conciencia. Es un "estado alterado" de la conciencia.

Sin recurrir a este estado de trance, FREUD y sus discípulos diseñaron y perfeccionaron métodos de explorar el subconciente mediante el psicoanálisis. Es un proceso racional, científico y de gran utilidad del que no hemos de ocuparnos ahora. Pero antes de este genial descubrimiento, ya el hombre primitivo había encontrado sistemas de exploración el propio subconciente a donde ha llegado, desde tiempos inmemoriales, desde un punto de vista diferente que más arriba hemos colocado en el terreno de la "espacialidad". El espacio en que se desarrollan los acontecimientos que suceden durante el trance, o el ensueño, es para el pensamiento primitivo un espacio externo. Durante el sueño del hombre primitivo, su propio espíritu viaja hacia otros mundos y otras épocas, y visita lugares lejanos, a veces desconocidos. Durante el trance, todo se desarrolla en el espacio que rodea al sujeto. Nada es producto de su propia imaginación. Todo viene de afuera, de otro espacio. Su comprensión es así un problema de "espacialidad". Podría decirse, metafóricamente, que el hombre primitivo no logra ver la diferencia entre un radio y una grabadora.

Para llegar a esos espacios externos, vedados al común de los mortales, el camino más sencillo pero más elaborado, el más racional podríamos decir desde este lado del río, es la meditación ayudada por algún procedimiento desencadenante de desequilibrios orgánicos. Meditación reforzada por la soledad y por la abolición de estímulos externos, por la fijación de la mirada en un objeto (bola de cristal, vísceras sangrientas de animales sacrificados), por el insomnio prolongado, por la fatiga, por el ayuno despiadado, por el frío intenso, por el calor abrumador del desierto o de la selva, por el miedo a lo desconocido, por la obscuridad, por el silencio, por la

oración, por ciertos estímulos olfativos, por el auto-castigo... Todos estos factores han llevado siempre al hombre no solamente a un mejor conocimiento de sí mismo en el plano conciente, sino a la exploración de los espacios ignotos que están más allá de su conciencia; lo llevan a una "ampliación de la conciencia". Son la base de todo el misticismo y de toda la magia de todas las épocas. Su interpretación, nuevamente, depende de la espacialidad. ¿De dónde viene o a dónde va todo eso?

Otro sistema frecuentemente usado para romper la barrera es el ritmo y el canto. El ritmo en el sonido del tambor siberiano, o del sistro egipcio, o del gong tibetano, o de las sonajas y maracas de toda América. El ritmo de las palmas o de los movimientos de vaivén de la cabeza y del tronco. El ritmo del cuerpo que, desde la cuna del recién nacido, induce hacia una desconexión de la conciencia y a una penetración al mundo de los ensueños. El ritmo del baile ritual del mago africano o del vértigo brutal de los derviches de la India; y el canto, canto de cuna en la primera infancia, y canto ritual de todos los actos mágicos y religiosos que transportan el intelecto hacia los ambientes del misterio. El canto encanta. No es un simple juego de palabras. El canto encanta, produce encantamiento. No es una coincidencia lingüística. El canto y la música tienen sus raíces antiguas y más profundas en los más atávicos sentimientos mágico-religiosos.

Y más allá aun están las plantas mágicas, las plantas maestras que nos enseñan el camino hacia los dioses, hacia los ignorados mundos sobrenaturales que solamente pueden verse con su ayuda; hacia los ilimitados caminos divinos que nos muestran lo que los demás no pueden ver,

que nos hacen "adivinar", que nos enseñan lo que los demás ignoran, que nos conducen de la mano ampliando nuestra conciencia... el tabaco, el alcohol, el hongo rojo de pintas blancas, el hashish, la amapola, el peyote, las solanáceas, las campanillas, el san pedro, la coca, la willca, y docenas más de plantas amigas, de frutos del bien y del mal que nos acerca a los dioses del más allá y del más acá...

Es indudable que la psicofarmacología resulta, en esta etapa de nuestros conocimientos, el camino más sencillo y más expedito para romper aquella barrera que nos ha ocupado gran parte de esta disertación. Por eso, en un alarde de libertad literaria, les invito a dar un salto alucinado saliéndonos de la línea que venimos siguiendo. Pasemos al laboratorio:

La mayor parte de los principios activos de las plantas mágicas mencionadas son sustancias que en alguna forma interfieren o modifican o reemplazan alguno de los intermediarios químicos. Y los intermediarios químicos son la base fundamental de la comunicación entre las neuronas y entre los grupos y sistemas formados por éstas. Los circuitos neuronales tienen en común cada uno de ellos, un lenguaje químico que les permite la interrelación indispensable para su funcionamiento. Las características químicas de cada intermediario le da un carácter de lenguaje o medio de contacto útil en cada población neuronal, que la diferencia de algún otro grupo de neuronas que puede ser vecino, inclusive conviviente en estrecha vecindad, pero que se comunica mediante otro lenguaje químico. Hay ya más de treinta lenguajes químicos conocidos en el sistema nervioso central, y probablemente sean muchos más. Lo cierto es que, como en las poblaciones humanas, un grupo de individuos no puede comunicar-

se con otro, a menos que hablen y comprendan el mismo idioma.

Es por esto de gran interés comprobar que los principios activos de las plantas utilizadas en los ritos chamánicos tienen una sorprendente afinidad química con las sustancias que permiten la intercomunicación de las neuronas. Ya en otra ocasión he presentado en esta Sociedad la relación que existe entre la mescalina, el principio activo del san pedro, y los sistemas noradrenálicos; la harmalina, el principio activo del ayahuasca, y los sistemas neuronales serotoninicos; la bufotenia, el principio activo de la willca, y los sistemas dopamínicos; la muscarina, el principio de los hongos mágicos de Siberia y los sistemas acetilcolínicos; y paremos de contar para no ser redundantes, sin dejar de mencionar que el san pedro tiene alcaloides activos que aparecen espontáneamente en la orina de los pacientes esquizofrénicos, y que alcaloides de la cumala, otro vegetal alucinógeno de nuestra selva, se encuentran también en la sangre de algunos trastornos mentales...*

Son lenguajes químicos que se cruzan y se entrecruzan en ámbitos que, para nosotros, ingenuos testigos, resultan todavía una caótica torre de Babel; pero no resulta descabellado pensar que en la neuroquímica y en la neurofarmacología está la llave que algún día nos ha de dejar entrar al cuarto secreto de Barbazul.

Demos entonces un paso más: uno diría así, superficialmente aún, con la ingenuidad soberbia de quién todo lo ve ciencia y quiere darle totalmente la espalda a lo que llamamos "mente primitiva". Vayamos un día al laboratorio y tomemos de buen fe y con mente inquisitiva uno de

* Vide: F. CABIESES: "Las plantas mágicas del Perú primigenio", *Revista de Neuro-Psiquiatría*, 50: 24-35, 1987.

los brebajes alucinógenos de nuestros chamanes tradicionales. ¿San Pedro? ¿ayahuasca?.... Usted dirá...

Las alucinaciones se presentan generalmente en tres etapas, casi como si la planta maestra supiera que tenemos por lo menos tres niveles de integración neuronal. En la primera etapa aparecen sensaciones primarias caracterizadas por luces, relámpagos, colores diversos, ruidos, zumbidos, olores extraños, ocasionales y diversas sensaciones táctiles que pueden pasar desapercibidas. Viene después la segunda etapa; las sensaciones visuales y auditivas adquieren formas diversas: rayas, espirales, tonalidades diversas de colores y de sonidos, visiones tubulares, triángulos y polígonos, tonadillas simples, silencios y campos oscuros, tonos musicales que tienen color. Colores que sueñan como música secreta. Y finalmente, en la tercera etapa, se produce una invasión de contenidos dispares: sueños, pesadillas, viajes paradisíacos y excursiones infernales, crisis de angustia, de ansiedad, de temor, de placer inefable, de premoniciones horribles, de paz idílica, de voces confusas, de palabras cariñosas, de gritos amenazadores....

Mediante un proceso químico brutal y despiadado, hemos roto la barrera y nuestro campo ha sido inundado por una muchedumbre de vivencias acumuladas que invaden en forma caótica, anárquica y desordenada esa unidad integrada y lógica de nuestra mente organizada ¡Estamos locos! Es así quizás como ha de sentirse por momentos un paciente esquizofrénico cuya línea de pensamiento se divide y se subdivide, se parte en dos, tres, muchos pedazos para dar atención o para defenderse de esta cruel invasión de su personalidad interna. Es eso lo que se siente cuando por primera vez se ingiere una dosis realmente activa de estos brebajes.

Es un buen viaje o un mal viaje. Pero es, como toda ruptura violenta y brutal de una pared divisoria, un proceso desordenado y de consecuencias imprevisibles. Por eso se denomina "psicolíticos" a estas sustancias alucinantes.

Cuando la división entre la conciencia y el inconsciente se atraviesa en forma lenta y progresiva, como sucede en otros procedimientos (la meditación, el canto, el psicoanálisis, la hipnosis, etc.), el resultado es rara vez caótico, aunque no deja de resultar penoso en muchas oportunidades. Pero cuando la ruptura de la barrera es violenta, como sucede con la ingestión de este tipo de brebajes, la experiencia es generalmente confusa, inútil e impredecible.

Hablamos aquí de brebajes chamánicos adecuadamente preparados, a la dosis prescrita y en condiciones rituales legítimas. No hablamos de las engañosas que turistas y aficionados reciben para experimentar parodias y teatralidades. Tampoco hablamos de brebajes debilitados para ser administrados a pacientes novicios que han de participar activamente en un ritual colectivo.

La primera vez que un aprendiz de chamán recibe la dosis adecuada de un brebaje alucinatorio, experimenta lo mismo que arriba hemos descrito. Podríamos ahora recordar la alegoría que un curandero de Pucallpa me planteó cuando yo le pedía más y más explicaciones: "cuando uno está en este mundo", me dijo, "tu alma tiene solamente un pequeño rayo de luz, único y directo, que va buscando en las paredes de un cuarto oscuro lo que hay en cada repisa, en cada rincón, en cada pedacito de pared. Pero cuando tomas ayahuasca, ya no necesitas la lucecita. Todo tu mundo se ilumina y todo lo que te rodea es tuyo. *A donde miras, ves.* Todo tiene luz propia y tú escoges lo que te conviene

porque la maestra lo ha iluminado todo para tí".

Pero no es así, tan sencillo. Al iluminarse todo, ese mundo super poblado de objetos y personas, de recuerdos vividos o soñados, de voces y músicas y cosas y espíritus, todo eso, aparece allí brusca-mente y en tropel desordenado; la súbita iluminación deslumbra y abruma y los ordenados mecanismos de la conciencia, acostumbrados a caminar siempre por el recinto oscuro con un pequeño haz de luz, son incapaces de asimilar simultánea-mente todo lo que de pronto invade su ámbito, y la experiencia caótica resulta solamente eso: una experiencia caótica y anárquica.

El aprendiz de chamán no escapa a esa regla. Pero eso es simplemente el comienzo. Viene después un largo entrena-miento que todavía no ha sido suficien-temente estudiado; prolongados períodos de aislamiento, de ayunos, privaciones, de meditación, de indocctrinamiento con el maestro. Tres o cuatro años bajo la direc-ción de un sabio tutor harán del novicio una persona que aprende a moverse libre-mente dentro de ese mundo sobrenatural a donde lo conduce el brebaje. Aprende así a seleccionar la información que necesita y extrae de ese tropel de visiones y de alucinaciones lo que puede ser útil para re-solver los problemas de este mundo. En sus memorias ocultas y normalmente inal-can-zables, hay mucha información ya aparentemente olvidada sobre la vida y la personalidad de todos los miembros de su comunidad, de lo que se dice y de lo que no se dice, de los problemas y las solucio-nes del grupo humano que lo rodea, del subconciente colectivo de la sociedad toda, y de las relaciones e interrelaciones de toda la información así acumulada en el inconciente que ahora está a la luz del brebaje mágico. El lenguaje químico in-

gerido ha permitido una mayor comunica-ción entre los lenguajes químicos de los circuitos normales que se hallaban separa-dos por esa frontera que estamos tratando de explorar.

Un profesional de la medicina aca-démica puede asegurarnos que aquel pa-ciente en quien se ha diagnosticado una neoplasia con múltiples metástasis va a morir dentro de los próximos meses y que ese otro paciente en coma por un trauma-tismo leve, recuperará la conciencia den-tro de pocas horas.

Un profesional meteorólogo nos puede asegurar con toda certeza que hoy por la tarde va a llover, y un psicólogo nos puede pronosticar que aquella pareja va a terminar separándose. Un ingeniero pe-trolero es capaz de decirnos que por más po-zos que escarbemos en Lima no vamos a encontrar petróleo y un economista me puede asegurar que mi negocio está al bor-de de la quiebra. Todos están pronostican-do algo. Todos están prediciendo el futu-ro.

La deducción lógica a partir de los elementos de juicio que tienen todos estos profesionales los lleva a la conclusión legítima y veraz de lo que pronto ha de suceder. Pero un observador desinforma-do que no participe de esos conocimientos previos, puede fácilmente llegar a la con-clusión de que se ha "adivinado" el futuro. Similarmente, rodeado de rituales y de la taumaturgia y pompa implícitas al chama-nismo, las deducciones inteligentes y lógi-cas del abundante material informativo conciente e inconciente de que dispone el chamán de mi comunidad puede permitir-le "adivinar" quién me robó el caballo o cómo me va a resultar tal o cual negocio o de quién y cómo tengo que cuidarme.

La ampliación de la conciencia, obtenida mediante los diversos métodos mencionados, puede ser utilizada también

en los aspectos receptivos. No es necesaria aquí la destrucción total y violenta de la barrera que protege el límite entre lo consciente y lo inconsciente. Sabemos que mediante procedimientos ya estudiados en el área del hipnotismo y de la sugestión, se puede atravesar esa barrera y hacer llegar al subconsciente de un individuo sugestionable determinados contenidos mentales que posteriormente influyen el comportamiento consciente. Dentro de las actividades chamánicas puede observarse lo mismo; pacientes que reciben brebajes dosificados adecuadamente y que, mediante esto, se hace más permeable la comunicación con el inconsciente, son tratados por el chamán de diversas dolencias y sufrimientos generalmente de índole psicossomático o puramente psíquica. Los maestros SEGUÍN y CHIAPPE nos han ilustrado así sobre los exitosos resultados en el tratamiento del alcoholismo y no es infrecuente comprobar el éxito de los chamanes en el tratamiento sintomático de muchas neurosis.

En fin, todo lo dicho en estas líneas, repetimos, no es sino una hipótesis de trabajo. Abre, desde luego, nuevos caminos en la investigación fenomenológica de la memoria, del comportamiento consciente, de los contenidos subconscientes y de los procesos de rememoración y ordenamiento psíquico durante los "estados alterados de la conciencia". Queda por investigar si alguna de estas sustancias psicolíticas debidamente dosificadas y adecuadamente administradas pueden permitirnos estudiar mejor el proceso de rememoración y si pueden llegar a indicarnos algún camino útil en los trastornos deficitarios de la memoria. Queda por investigar si dentro de la memoria transmitida genéticamente hay un lugar para arquetipos más recientes que puedan explicar comportamientos o vivencias que

parecieran provenir de los genes heredados de varias generaciones anteriores. Queda por determinar si a los archivos de la memoria pueden ingresar eventos que no hayan sido registrados por la actividad consciente como parece suceder con las imágenes eidéticas o con el aprendizaje durante el sueño. En fin, queda por investigar muchos eventos psicológicos y, sobre todo, queda un colosal e inmensurable vacío en nuestro conocimiento de la infraestructura neurológica de todo lo que ahora hemos revisado.

Vemos así, en experiencias serias y continuadas como las que forman parte del artículo de MABIT y colaboradores que precede este escrito, que puede uno inclusive plantear la existencia de "sentidos" que van más allá de las cinco áreas receptoras aceptadas clásicamente.

El término "emanaciones" o "energía irradiada" que ofrece MABIT no hace si no llenar temporalmente un vacío, pues es posible que la exquisitez o hipersensibilidad de alguno de los "sentidos" clásicos, el olfato por ejemplo, pudieran explicar bajo ciertas circunstancias las reacciones a distancia observadas por esos serios y honestos investigadores. La relación de la función olfatoria con la memoria y con el inconsciente no es nada nuevo en la fenomenología psicológica y las capacidades de algunos animales para percibir con el oído o con la nariz estímulos que van más allá de la percepción humana, no ha de sorprender a quienes estamos buscando en la obscuridad las explicaciones a hechos que nos parecerían sobrenaturales.

Lo escrito aquí, repetimos, es una simple hipótesis de trabajo y esperamos que sea tomado así para que pueda servir de esqueleto a una serie de explicaciones racionales de la amplia gama de fenómenos que, por el momento, no parecen tener una explicación neuropsicológica clara.